

SOCRATES

“Lo único que sé es que no sé nada” decía con humildad Sócrates, uno de los hombres más sabios y honestos del mundo. Vivió en la ciudad de Atenas, en la antigua Grecia. Supo amar la verdad, la justicia, la moral y la razón. Y tuvo que morir por respeto a las leyes.

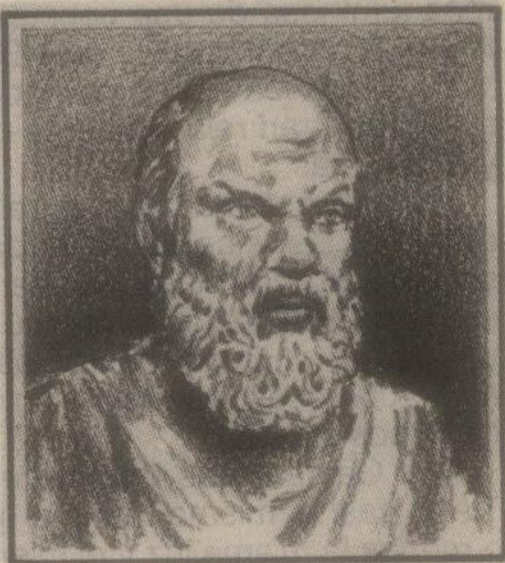
Sócrates nació 469 años antes del nacimiento de Jesucristo. Era de familia humilde. Su padre fabricaba estatuas y su madre atendía partos. De niño fue a la escuela donde aprendió a leer y escribir. Luego aprendió música, gimnasia y poesía. De adulto estudió y aprendió por su cuenta. Vivía y vestía con pobreza.

Sócrates enseñaba a los jóvenes en las plazas, en las calles, en el mercado, en la casa de un amigo o sentado en los escalones de un templo. Les hacía preguntas a las personas, escuchaba atentamente las respuestas y después corregía. Así invitaba a pensar y a descubrir la verdad usando la razón.

A menudo decía: “Busquen la verdad y defiéndanla contra quienquiera, a toda costa y siempre; no cedan frente a amenaza alguna; más allá de este mundo está el Dios, quien nos juzgará a ustedes y a ellos”.

Sócrates conversaba con todos, jóvenes y viejos, pobres y ricos. Por eso era muy querido, especialmente por los jóvenes. Muchos de ellos se convirtieron en sus discípulos y lo acompañaban por donde anduviera, para oír sus enseñanzas.

Y de repente, Sócrates fue acusado y condenado a muerte. Lo acusaron injustamente de no creer en los dioses, de ser ateo. Además lo acusaron de corromper a la juventud con sus enseñanzas. Lo acusaron algunos de los mismos con los que había discutido muchas veces. También lo acusaron los deshonestos, porque sus palabras les caían como piedras en la conciencia. Y lo acusaron los gobernantes, para hacer callar a un hombre honrado y valiente. El sabio anciano, que entonces tenía 70 años, se defendió con tranquilidad. Pero aseguró que seguiría hablando y diciendo lo que consideraba justo y verda-



Sócrates.

dero. Entonces fue condenado a morir, a sufrir el destierro o pagar multa. El prefirió la muerte.

Todo esto se sabe porque uno de sus discípulos, otro gran sabio llamado Platón, escribió cuanto había visto y oído de boca de Sócrates. También escribió todo lo que le contaron los amigos que pasaron los últimos días y horas acompañando al sabio.

Por eso se sabe que, cuando Sócrates estaba en la cárcel, llegó de madrugada uno de sus discípulos más queridos, llamado Critón, a decirle que había convencido al carcelero y que podía huir inmediatamente a una ciudad lejana.

Lo que entonces hablaron Sócrates y Critón, es uno de los diálogos más famosos. Aunque de eso hace casi 2 mil 500 años, aún hoy en día se estudia en las universidades ese diálogo. Como es muy largo, hemos entresacado las frases que nos parecen más importantes y aquí las publicamos:

Dice Critón: Reflexiona Sócrates... decídete ya... todo tiene que estar listo para la próxima noche... Sócrates, hazme caso y no te pongas en contra.

Dice Sócrates: Si huimos de aquí sin autorización, ¿no estaríamos causando daño a quienes menos se les debe perjudicar?

Supongamos que ahora mismo nos vamos a fugar de aquí. En eso se nos aparecen las leyes, como si fueran personas, acompañadas de la gente de la ciudad y nos preguntan: Sócrates ¿qué piensas hacer? ¿Intentas destruirnos a nosotras las leyes y a la ciudad entera? ¿Acaso puede sobrevivir una ciudad cuando las sentencias de nada sirven porque cualquiera las puede anular y quitarles su poder? ¿Qué les podemos contestar entonces? Tal vez podríamos responder que la ciudad nos injurió, pues el fallo no fue justo.

Dice Critón: Por Dios, eso es lo que tenemos que contestar.

Dice Sócrates: Y qué tal que las leyes nos dijeran: ¿Acaso no

Sócrates acostumbraba sostener largas conversaciones con personas de todas las edades, sin importarle que fueran pobres o ricos o que tuvieran mucho o poco estudio.





Sócrates fue atacado con crueldad ante los jueces.

convinimos en aceptar los fallos con que la ciudad hace justicia?... ¿Qué tienes contra nosotras y la ciudad para que quieras destruirnos? Bajo estas leyes fuiste concebido; protegido por estas leyes tu padre se casó con tu madre y te dieron el ser. ¿Qué tienes que reclamar a las leyes que amparan al matrimonio?

Y tendría que contestarles: nada tengo que reclamar.

Además ellas me dirían: ¿y qué reclamas a las leyes que amparan a los niños y su educación, por las que tú mismo te has formado? Sin embargo, después de que naciste, después de que fuiste alimentado y educado, ¿pretendes decirnos que ya no eres nuestro?... Si nosotras quisiéramos deshacernos de ti, por considerarlo justo, ¿crees tú que es correcto que atentes con toda tu fuerza contra las leyes y la patria? ¿diciendo además que eso es justo? Tú que te precias de buscar la virtud, ¿te crees tan sabio que ya se te olvidó que la patria es sagrada y merece mayor veneración que el padre y la madre y los antepasados? A la patria le corresponde lo mejor. Se le debe reverenciar y obedecer. Y si está irritada se le debe mayor consideración que a nuestro padre... Hay que acatar lo que mandan la ciudad y la patria o tratar de convencerlas para que cambien de proceder. Pero jamás atropellarlas. Porque si no es lícito violentar a la madre o al padre, mucho menos lo es forzar a la patria.

Ninguna de las leyes impide irse a quien quiera hacerlo. Si lo quiere, puede irse a otro país, llevándose lo que le pertenece. Pero el que se queda porque ha visto cómo administramos y gobernamos la ciudad, se ha comprometido a hacer lo que le ordenemos.

Y si yo les preguntara a las leyes ¿por qué dicen eso? me podrían responder con toda razón:

Sócrates, tenemos pruebas de que nosotras y la ciudad hemos sido de tu agrado... En el juicio que sufriste, estuvo en tus manos

escoger el destierro... Pero con valor dijiste que no te importaba tener que morir. Que preferías la muerte al destierro... ¿Y quién va a querer permanecer en una ciudad si sus leyes no le agradan?

Fíjate bien, Sócrates: si rompes los compromisos ¿Qué beneficios vas a conseguir?... Le darías la razón a los jueces que te juzgaron,... porque quien viola las leyes también podría romper a los jóvenes inexpertos... Sócrates, es mejor que nos obedezcas; somos nosotras, las leyes, las que te hemos formado así como eres. No pongas a tus hijos, ni a la vida ni a ninguna otra cosa por encima de la justicia. Así, cuando llegues al otro mundo, todo eso te servirá de defensa ante quienes mandan allá. Si ahora abandonas la vida lo haces por la injusticia de los hombres, pero no por la injusticia de las leyes. Pero si te llegaras a fugar, harías una injusticia contra otra injusticia, un mal contra otro mal, rompiendo así los convenios y compromisos con nosotras y haciendo un mal a los que menos lo merecen: a ti mismo, a tus amigos, a la patria y a nosotras...

No te dejes convencer por Critón para hacer lo que él quiere. Más bien atiende a lo que te hemos dicho y obedécenos.

Querido Critón, esto es lo único que puedo escuchar ahora... Las palabras dichas por las leyes resuenan en mí y es imposible escuchar otra cosa.

Contéstame Critón... aunque será en vano todo lo que digas en contra de lo que has escuchado. Pero habla, si aún crees que puedes convencerme de tu propósito.

Dice Critón: Sócrates, ya nada tengo que decir.

Dice Sócrates: Dejemos pues las cosas como están, que así haremos lo que dispone el Dios.

La pena de muerte se cumplía al tomarse el prisionero un veneno que se llamaba cicuta. Cuando llegó el momento, Sócrates bebió la cicuta tranquilamente. Poco antes había dicho a sus amigos: "Yo voy a morir y ustedes continuarán viviendo. Cuál de nosotros va a una mejor condición es cosa desconocida por todos menos para el Dios, quien tiene un conocimiento que va más allá del tiempo y del espacio."

Los discípulos de Sócrates lloran desconsoladamente cuando su maestro se dispone a beber la cicuta.

